

riesgo puede ejercitar asiduamente, ó guiando su poderosa voluntad en las sorprendentes empresas que ella sola puede acometer, amparada como está por un físico robusto é invencible. No cabe, pues, la competencia entre uno y otro sexo; cada cual cumple y debe limitarse á cumplir sus deberes en consonancia con sus disposiciones especiales: salir fuera del círculo de ellas es privarse de las únicas armas de que cada uno dispone y que hábilmente manejadas realizan prodigios no ménos estimables, porque su esfera de acción sea el campo de ésta ó aquella facultad. Hé aquí también por qué nunca deben establecerse comparaciones entre los talentos del hombre y de la mujer; porque cada uno tiene los suyos especiales, peculiarísimos de su sexo, sin que se pueda decir cuál es mayor, toda vez que su desenvolvimiento tiene lugar dentro de una órbita diferente.

Acabo de consignar que no son comunes iguales disposiciones á todos los individuos de un mismo sexo, y con esto queda bastantemente significado que no es tan absoluta y rigurosa, que no admita excepciones, la determinación del desarrollo de las facultades del alma. Ya ántes lo he dicho también: la historia ha conservado y transmitido, coronados con los laureles de la gloria, los nombres esclarecidos de mujeres que han rivalizado con el hombre en el acertado desempeño de los cargos más importantes, ó que han contribuido con su talento á los adelantos de la ciencia, y ahora debo añadir, que en nuestros días no faltan respetables señoras que con trabajos científicos ó literarios, dignos del mayor encomio, han labrado una reputación envidiable. Y ¿por qué negarlo? Cuando á su gusto delicado y á su voluntad siempre dócil, une la mujer las luces de una clara inteligencia, ¡cuán rico y fecundo se muestra su ingenio, cuán poderosos son sus resortes, cuán admirables todas sus obras, cuánta dulzura, cuánta gracia, cuánta bondad en ellas se respira! Entónces parece que la naturaleza se complace en rodear á un sólo sér de todas las perfecciones imaginables, y ese sér que á los irresistibles encantos propios de su sexo, á sus modales finos y esmerados, á su tierna solicitud y á sus virtudes incomparables, añade un tesoro de inteligencia, cuyas funciones guardan armónica relación entre sí y obedeciendo á la voluntad corresponden á la vez con su sensibilidad privilegiada, entónces, repito, ese sér brilla entre todos los demás séres de la creación con fulgurante aureola, que deslumbra y entusiasma. Pero es menester no olvidarlo, puesto que la Filosofía lo asegura y la Historia lo confirma: ese sér venturoso no es mujer, es un genio; es la excepción, como es también excepcional y no inverosímil, ni tampoco frecuente que no merezca tomarse en cuenta, la existencia de varones afeminados y de mujeres que pudieran alardear de la más perfecta musculatura varonil. Lo general, lo ordinario, lo que

debe servir de guía en toda clase de estudios de aplicación á la mujer, es que en ella predomina el elemento afectivo sobre el intelectual, circunstancia que no hace desmerecer su valor, sino que caracterizando su idoneidad la coloca dentro del círculo en que ineludiblemente debe moverse, si quiere contribuir con fruto á la obra civilizadora en que se halla comprometida la humanidad.

Puede mucho indudablemente la buena dirección de las facultades anímicas; mucho se alcanza en verdad de la esmerada educación de los sentidos; pero como fuera de casos especiales, sería vano empeño tratar de que la mujer adquiriese con el ejercicio el grado de fuerza física que por medio de él llega á conseguir el hombre, así también sería un sueño, más todavía, un absurdo, pretender que la bella mitad del género humano, merced á una inconveniente dirección, obtuviese la plenitud del desarrollo intelectual que al hombre sin tanto esfuerzo le es dado conseguir, porque en el hombre no hay precisión de hacer otra cosa más que ayudar á su naturaleza, cuando por el contrario en la mujer tiene que comenzarse por combatirla, exponiéndola á los trastornos sin cuento que semejante violencia puede acarrear. Y es que el débil organismo de la mujer difícilmente podría sufrir, sin arrostrar graves peligros, la tensión continua del espíritu hasta el punto de absorberse en la profunda meditación, indispensable para consagrarse á las investigaciones de la ciencia.

DANIEL DE ZULOAGA Y SANTOS.

POR UN ALFILER.

(HISTÓRICO.)

Era el primer día del hermoso mes de las flores. El campo mostraba orgulloso magníficos sembrados, y las verdes espigas mecían con graciosas ondulaciones sus tallos, en los que empezaba á germinar el ópimo fruto. El sol brillaba sin celajes, calentando por igual los trigos, alegre esperanza del labrador, y las flores, encanto de las jóvenes doncellas.

Las campanas del poético pueblo de Rodillas tocaban alegremente á fiesta, y por la ancha calle que conducía á la iglesia, avanzaba con lentitud numeroso cortejo, reflejándose en todos los semblantes el contento de los corazones. Dos jóvenes de las principales familias del pueblo iban á santificar sus inocentes amores en la pequeña iglesia en que habían sido bautizados, ante el anciano sacerdote que les había visto crecer, y que había arrojado en sus almas la bella semilla de la fe y de la virtud. Fácil era conocer entre la concurrencia al enamorado galán que, rebosando dicha, venía á la derecha